

YGDRASIL

Jorge Baradit M
Ediciones B, Chile
©2005

Guiamos el desarrollo de la red como se cría al verdadero hijo de Dios. Planeamos su desarrollo como una copia de la estructura neuronal de un santo. Cada nodo diariamente incorporado es una letra del conjuro definitivo. Cuando la última palabra sea agregada, el Altísimo tocará esta obra de sacra artesanía con su dedo hirviente y se alzarán viva, levitando sobre las cabezas de los hombres, entonando una letanía electrónica en nota sol. Todas las mentes se sincronizarán en el tono emitido desde el cielo y serán infectadas de amor a Dios. El alma de la humanidad se elevará en una sola mente, se hará carne y cable como un gran insecto, orando en código binario y comunicando directamente a la corteza cerebral el infinito rostro de Dios.

Transmisión pirata emitida a fines del siglo veinte en forma de un virus informático para usuarios. El contenido fue decodificado por error sesenta años después.

Los perfectos son un número primo siempre.

Frase introducida sorpresivamente en un discurso del ministro de Tecnología y Desarrollo de Canadá, febrero de 2025

1

Relato fidedigno del hallazgo de un cuerpo extraño en el estómago del desierto. De su origen y de todo lo que hubo de ocurrir una vez desatados los acontecimientos

Es el atardecer de la segunda semana de febrero. Como todos los días a esta hora, la boca monstruosa de la Coatlicue devora los colores, la luz y el calor de la tierra con su lengua helada llena de estrellas.

La vida del planeta se diluye lentamente por el oriente.

Un náhuatl mira melancólicamente hacia las nubes. La noche derrama sus negras lágrimas sobre el cielo de México, y los engranajes del calendario celeste, con su caligrafía congelada, solo le confirman aquello que su estirpe sabe hace décadas: la matemática ha tropezado consigo misma, los números están fallando, la realidad agoniza.

A solo unos kilómetros de allí, un hombre pintado de azul se arrastra dolorosamente por el centro geométrico del desierto de Sonora. Arañando la tierra con sus gemidos. Parece el espíritu del desierto que muere, saliendo a jirones por la boca del desgraciado en forma de cuchillos kirlian y frecuencias electrónicas desgarradoras. Lloran todos los médiums en ochocientos kilómetros a la redonda, porque dondequiera que miren se les aparece el rostro desfigurado del doliente. Los aullidos del hombre pulsan como una inflamación en los escáneres; son rítmicos a la manera de un código o una serie matemática, espasmos binarios de dolor digital. Una estridencia astral que copa los receptores de microondas, y que ha mantenido despierta a la unidad del ejército mexicano Itzcuahtli toda la noche frente a los monitores.

–¡Quiero la ubicación de la fuente de las anomalías, y la quiero ahora! –gritó el comandante Ramírez.

Llevaban horas recibiendo informes acerca del extraño comportamiento de la realidad en distintos estados de la Federación Mexicana; pronto el Ministerio del Interior comenzaría a hacer preguntas, preguntas para las que no tenía ninguna respuesta. Todos conocían la difícil situación que atravesaba el militar. Los técnicos del Departamento de Estado habían descubierto que, en una de sus vidas pasadas, Pablo Ramírez Escobar había sido un asesino a sueldo; también habían conseguido rastrear un componente de su estructura psíquica hasta identificarlo con una mujer que había exigido a gritos la Crucifixión. La Iglesia, políticamente muy poderosa, vetaba secretamente ese tipo de nexos escandalosos, y las instrucciones del gobierno eran claras al respecto: «Solo almas nuevas o de probada pureza pueden alcanzar los puestos de poder».

Ramírez era una especie en extinción, desesperada por justificar su existencia en una sección perdida en el fondo del escalafón militar mexicano. Lo que menos necesitaba eran problemas. Había medrado en la carrera castrense sin apoyos, con mucho esfuerzo y grandes sacrificios. Sumiso hasta la humillación con sus superiores, soñaba con la bala que en el fondo de su alma reservaba para cada uno de ellos, como el veneno de una araña acurrucada en un rincón, esperando su momento.

–Si no tengo el informe en cinco minutos, voy a empezar a cortar cabezas –gruñó.

–Aún no está completo, señor... La zona se muestra muy inestable y las

comunicaciones se cortan con facilidad. Pe, pero... podría leer el boletín preliminar..., señor –dijo nerviosamente un operario.

Ramírez hizo un gesto casi imperceptible y el subalterno comenzó a leer.

–El grupo III, compuesto por dos sargentos, una médium, dos niños y tres perros implantados, informa que pasadas las cuatro de la madrugada hizo contacto con la fuente de las anomalías. En las coordenadas adjuntas encontraron un fenómeno... inesperado.

El subalterno se detuvo y miró a Ramírez.

–Hallaron algo que definieron como un «traspuesto», señor. Una malformación difícil de explicar. Un hombre agónico con su alma desplazada. Su existencia se encuentra traslapada entre su propio cuerpo, un cactus, una roca y una rata. El resto trataba de «aferrarse desesperadamente a la realidad, pero era succionado a jirones por la nada», dice textualmente. Los perros se pusieron histéricos y lo atacaron con furia. Los sargentos tuvieron que matarlos. Los niños no han vuelto a controlar sus esfínteres desde entonces, y la médium... Bueno, ella murió al cabo de unos minutos. Un equipo trabaja a toda velocidad para determinar el paradero de su personalidad original: ella manejaba información clasificada, y establecer la identidad de su siguiente reencarnación es prioritario.

Ramírez mantuvo la vista en el suelo. La situación era un completo desastre. Sin embargo, no hay nada mejor que una crisis para trepar posiciones.

–¿Alguna información sobre la procedencia de esta anomalía? –preguntó distraídamente.

–No, señor. Excepto una marca en el tobillo izquierdo del sujeto, una inscripción donde se lee *Test probe N° 21*, señor.

Ramírez se mordió el labio inferior. «Tecnología desconocida. Pruebas extranjeras en suelo mexicano. Una grave amenaza se cierne sobre la patria», pensó.

–Perfecto –murmuró, y no pudo evitar una sonrisa.

Ella.

Ella crucificada y toda la humanidad naciendo violentamente entre sus piernas, como una multitud que busca comida. El parto sangriento de toda una especie. Ella como mater dolorosa de miles de cristos arrojados al polvo, aullando, envueltos en placenta, amarrados de pies y manos, sanguinolentos después de atravesar la matriz erizada de púas de la reina de la colmena.

Ella clavada a los meridianos y auscultada desde el interior por insectos electrónicos.

—¡Ayúdenme! —gritó Mariana al abrir los ojos.

Sudaba copiosamente. Siempre era lo mismo, soñar horrores y despertar asustada. Temblando, aferrada a unas imágenes horribles que retrocedían con demasiada lentitud al regresar a la realidad, a su infierno personal. La muerte diaria, cocinada en el óxido de la droga. Siempre cansada de constatar que seguía viva, que nuevamente tendría que luchar para levantar sus miembros hinchados, su cuerpo adolorido, avinagrado, impregnado de la hediondez de la resurrección.

Pero esta vez era distinto. Para su sorpresa, no despertó en su horrible cuartucho de las afueras de Puebla, esa celda de tres por dos, contigua a otras de igual tamaño, habitadas por despojos humanos tan patéticos como ella misma, y administradas por un matón que cobraba dos monedas por día a estos animales que noche a noche llegaban arrastrándose hasta su puerta. Celdas llenas de cucarachas y pulgas, hediondas a excrementos porque casi todos sus habitantes eran adictos al maíz, droga que relaja los esfínteres y los deja tan agotados que después no tienen fuerzas para limpiar la inmundicia.

Pero esta vez era distinto. Mariana se encontró en una pulcra cabina de sueño, de esas que había instaladas bajo las aceras en el centro de Ciudad de México. No se había orinado y estaba recién bañada. Miró en torno los blancos cojinetes de espuma, las gavetas llenas de objetos aromáticos. Sonrió, entre feliz y sorprendida. Entonces comenzó a recordar.

Estaba en un callejón, vigilando al tipo que le habían encargado liquidar. Era un traficante de maíz que se había entrometido en el territorio del Guajolote, un mafioso sin piernas que controlaba su imperio desde una enorme bañera llena de agua de mar. El Guajolote había pedido que fuera Mariana la que se encargara del entrometido. No podía dar una mala señal a su competencia, y la chilena era famosa por su crueldad en el arte de matar. Sería una buena advertencia para todos.

Llevaba dos días siguiéndole los pasos al traficante y había decidido que ésa sería la noche del sacrificio. Los efectos de las anfetaminas comenzaban a agudizar los ángulos de su visión de gato, y sentía la adrenalina subiendo a medida que el traficante se acercaba al callejón sin advertir al animal agazapado que, erizado de garras metálicas, esperaba ansioso abrirle las carnes. Mariana tenía las manos crispadas sobre sus cuchillos. De pronto, sintió un dolor agudo en el cuello e instintivamente se llevó la mano a la garganta. Recogió una aguja; un mareo la invadió y al minuto siguiente observaba, a tres metros de altura, lo que ocurría con su cuerpo abajo en el callejón. Había sido *dividida* químicamente.

Tres furgones militares sin marcas llegaron velozmente al lugar. El equipo de enfermeros que descendió de ellos la desnudó y la sacó rápidamente de allí, casi sin ruido. A partir de ese momento su memoria se desgajaba en retazos nebulosos e inconexos: un hombre bajo, de rasgos náhuatl, muy agresivo. Algo sobre un traspuesto; un encargo, el gobierno muy preocupado, amenazas... muchas amenazas; ella vomitando, un golpe seco en la cara, un grito que le partió la cabeza. Pero sobre todo la luz. Había demasiada luz.

Intentó recordar algo más pero le resultó imposible. Miró a su alrededor buscando la puerta de la cabina. Se palpó los costados y descubrió que le habían quitado sus cuchillos. Abrió las gavetas buscando algo que pudiera usar como arma, pero solo encontró cremas y polvos cosméticos. Se sentó con las piernas cruzadas intentando pensar; se sacudió la cabellera negra, cortada a tizeretazos, como queriendo limpiarla de estática. Luego suspiró y se decidió a salir.

Abandonó la cabina con precaución mecánica. Llevaba años tanteando el suelo y oliendo el aire de la jungla urbana, siempre cazadora y siempre presa. Aunque esta vez se sentía algo más tranquila: sabía que si la hubieran querido juzgar ya estaría tras los barrotes de la cárcel de Oaxaca, y si la hubieran querido matar ya sería polvo disperso en algún suburbio de esta enorme costra metálica, ingobernable y llena de laberintos.

Subió con aparente relajo la escalinata que conducía hacia la calle. El sol, suspendido a medio camino de su muerte contra el horizonte de edificios, la encandiló. Reconoció el pasaje Motolinia, a solo unos metros del Zócalo y en pleno centro histórico de Ciudad de México, el corazón de la megápolis que se extendía por kilómetros a la redonda sobre el antiguo lecho de un lago, el Anáhuac de los aborígenes. Ahora no era más que una mala copia hipertrofiada de las grandes ciudades europeas de antaño, un quiste inverosímil en el costado del continente. México City, «la costra», la llamaban con desprecio. Desde el cielo aparecía como una monstruosa ameba metálica engarfiada a la tierra, semejante a un parásito gris que emanara calor y ruido electrónico. Las carreteras que se enterraban en sus costados no cesaban de inyectarle vegetales, trozos de animales, madera y combustibles que la ciudad devoraba y degradaba, generando más y más calor. Era una reina monstruosa y obesa, incapaz de moverse, voraz e insaciable, sudando y defecando sin parar.

Entre los racimos de seres humanos que se movían en millones por esa caldera, esa mancha rojo sangre que aparecía en los mapas termales de los satélites, Mariana miraba a su alrededor, mareada por la incesante actividad de media tarde en México City. Intentaba comprender lo que le ocurría, pero no podía recordar casi nada.

–Putá la huevá rara –murmuró rascándose la cabeza, solo para descubrir pequeñas marcas de sutura sobre su parietal derecho–. ¿Implantes? –se dijo con horror.

«Debes ponerte en camino. La operación comenzará dentro de unos minutos. » La voz imperativa de Ramírez sonó dentro de su cabeza, como un cuchillo hundiéndose en su masa encefálica.

–¿Quién los autorizó a implantarme, hijos de la chingada?!– gritó la mujer, tomándose la cabeza a dos manos. El dolor le perforaba el cráneo.

«Tranquilízate. Somos el gobierno de México. Busca nuestras instrucciones entre tus recuerdos recientes...»

–¡Pero si no soy nadie! –interrumpió.

No entendía por qué el gobierno podría interesarse en su persona. Las

autoridades preferían matar a la gente como ella en espectaculares purgas transmitidas en directo por televisión. No era más que una asesina de barrio miserable, el último depredador de la escala alimenticia. «Mariana, la Cortapicos», «la Cuchillo», «la Chilena». Todos desviaban la vista cuando ella cruzaba la calle como un espectro doloroso, con la mirada extraviada, manchada todavía con la sangre y el hedor de su último trabajo.

«Revisen la intensidad de la frecuencia... », oía como a lo lejos. Ramírez hablando con sus técnicos. Pero qué tenía que ver el gobierno con ella, que era apenas un animal salvaje que mataba para drogarse, mientras esperaba desaparecer para siempre en una esquina cualquiera de esta Babilonia monstruosa, tejida estrato sobre estrato con fibra óptica, hormigón y huesos humanos. Ella, la cortapicos, la que solo mataba a hombres, en un ritual que ya era leyenda, lloraba mientras despedazaba a sus presas.

«A unos metros te espera un automóvil blanco, ¿lo ves? Ahí encontrarás todo lo necesario para infiltrarte en tu objetivo. Deberás interceptar ciertas cifras del Banco de México y analizarlas antes de la medianoche. »

La voz le reventaba los globos oculares, y las uniones del cráneo le ardían como cordones de fuego. «No debes fallar. Si lo haces, morirás. » Cada palabra le producía el efecto de un golpe al mentón. Y náuseas. Se sentó en el borde de la acera. No entendía nada.

–Están equivocados. Yo no soy nadie. Me duele tanto... –murmuraba con los ojos apretados y llorosos, confundida por las voces y el dolor de su cerebro inflamado–. ¡Déjenme ir! –gritó.

«Cálmate, al parecer hay un problema en tus implantes de comunicaciones. No entres en pánico.»

Mariana se puso bruscamente de pie.

–¡Déjenme en paz! –bramó, e intentó caminar, pero cayó de bruces contra el concreto de la calle.

La gente se limitó a esquivar el bulto en su camino; nadie intentó socorrer a una mujer desmayada. Nadie prestó atención tampoco a los vehículos que llegaron y a los soldados que se la llevaron.

Ella.

Ella dentro de ella, luchando por no ahogarse en oscuridad líquida. Enredada en sus intestinos, atrapada dentro de su cráneo. Cuarenta Marianas amarradas dentro de un saco que cuelga de su propia columna vertebral.

Despertó, muy confundida, dentro de un vehículo de seguridad. Miró a su alrededor y solo vio el interior de una cabina blanca que vibraba y se inclinaba mientras avanzaban hacia un destino desconocido. Se sentía mucho mejor. Es decir, se sentía bien, demasiado bien tratándose de una yonqui de treinta y seis años que acababa de desmayarse de dolor.

–Espero que hayas notado el cambio –dijo Ramírez, hablando desde el interior del cráneo de Mariana.

–¿A qué te refieres? –respondió con el pensamiento, sin articular palabra.

–¡Aprendes rápido, chamaca! Qué bien –bromeó el militar–. Tuvimos que ajustar un par de cosas en tu cabeza. Disculpa si no puedes recordar tu vida entre los veinte y veintidós años, pero debimos eliminar experiencias incompatibles con

el software de comunicaciones. Tampoco recordarás lo que significa la palabra «semilla», ni la sensación de tocar la corteza de un tronco de pino, pero no creo que te importe demasiado.

Mariana se sentía bien. La lenta caída en el pozo de la droga termina por hacerte olvidar el significado de estar bien, física y mentalmente. Al final te has vuelto un organismo semiinconsciente, acosado por el frío y la necesidad, con la vista nublada y todos los sentidos expuestos a la paranoia y orientados al único objetivo reconocible entre tanta estática: conseguir más.

«Quizás me limpiaron de la adicción», pensó. «Quizás me inyectaron alegría química.»

–Oye, Ramírez. Creo que cometieron un error. Yo no sé nada de infiltraciones ni de espionaje; creo que...

–Silencio –la interrumpió el militar–. Lo que tú creas no importa.

–Ándate a la mierda. No tengo ninguna intención de trabajar para el gobierno, cabrón. Ahora mismo...

No pudo terminar la frase: acababa de ser violentamente inundada con vértigo sintético. Las paredes se alejaron y todo comenzó a dar vueltas. Sintió pánico, frío, y un sonido agudo que se clavó de lado a lado entre sus oídos; las venas le estallaban, y vomitó en el piso como un animal enfermo.

–Vas a trabajar para nosotros, te guste o no –sentenció Ramírez en tono sombrío–. Además, no es necesario que seas experta en nada; tienes la cabeza llena de chips recipientes, capaces de alojar a decenas de espíritus de colaboradores muertos: médicos, asesinos, ingenieros, lo que necesitamos. Tenemos oficinas en el Más Allá, querida. Nuestros contactados reclutan espíritus gustosos de cooperar a cambio de volver a sentir el mundo, aunque sea a través de una marioneta como tú. No te preocupes, ellos harán el trabajo por ti.

El automóvil zumbaba, meciendo su estructura y los órganos de la mujer que, acurrucada junto a la portezuela, luchaba por fijar la mirada en un punto cualquiera y así recuperar la estabilidad.

–El grupo que escogimos para acompañarte es particularmente eficiente. Si tu cooperación nos satisface, serás liberada y exorcizada por especialistas, y tu cuenta corriente experimentará un repentino abultamiento. Con papeles nuevos y ese dinero podrás comenzar una nueva vida en cualquier parte del mundo... Excepto en México, por supuesto.

–La vida no es para mí –murmuró Mariana mientras se limpiaba la boca y recuperaba la calma–. Dios se equivocó al mandarme aquí. O quizás soy un ángel que quería vivir experiencias fuertes... –sonrió con dificultad.

–Si no nos ayudas –continuó Ramírez, siempre sombrío–, será peor que morir, te lo aseguro. Terminarás tus días como una esclava sexual de algún suburbio inmundo de Colombia –al oír esto, Mariana palideció–. Mutilada, sin brazos, sin piernas, incapaz de moverte. Violada ocho a diez veces al día por vagabundos y drogadictos durante seis, o tal vez cuatro años si estás con suerte.

Ramírez sabía que había tocado un punto sensible. La mujer estaba paralizada.

–Te venderemos como a una perra, igual que tu madre.

Algo brotó frío y áspero desde el corazón de ella, una punzada que recorrió toda su piel.

–Si nos ayudas, tendrás una vida de verdad. Sabemos que quieres salir de la inmundicia. Además, tendrías el agradecimiento eterno del pueblo de México y de todo el mundo libre –concluyó, sarcástico, el militar.

Mariana miró hacia la oscuridad por la única ventana del compartimiento trasero del vehículo. Afuera no se veía nada, no había nada. Apretó las mandíbulas e intentó controlar su angustia.

–Díganme qué tengo que hacer.

Pocos minutos más tarde, mientras los técnicos le transmitían las instrucciones en código mnemónico bajo el umbral de la conciencia, Mariana se perdió en un recuerdo, en el fondo de un reflejo que emanaba de la moldura cromada del vehículo. Ejercitaba el viejo juego de diluirse en un detalle de la pared para mitigar el dolor, aquel mandala que invocaba para huir de su cuerpo cuando ella era niña y su padre no era su padre. Puertas que atravesaba para encerrarse en la penosa fortaleza donde se congelaba de soledad: el ruido de un carro, los destellos de los postes de alumbrado pasando por la ventana como la gráfica cardiovascular de un muerto. Su corazón abandonado en un rincón, la mirada perdida y el zumbido de la información colándose en su memoria.

Pedro Alvarado era el joven representante del pueblo por el estado de Yucatán, y celoso supervisor gubernamental de la operación que se llevaba a cabo. Él y Ramírez se entendían a la perfección. Ambos se hallaban en las gradas intermedias de la escala de poder, y se ayudaban mutuamente con entusiasmo mientras llegaba el momento de clavarle al otro un puñal en la espalda.

Alvarado estaba cómodamente sentado en el sillón de Ramírez al comenzar el despliegue de los monitores que seguían los movimientos de Mariana. Su impecable imagen combinaba a la perfección con su estudiada forma de aposentarse: la pierna cruzada sobre la rodilla comunicaba distensión y relaxo; el cuerpo recostado sobre el respaldo del sillón, seguridad, y la cabeza erguida y el mentón retraído, dignidad. Su presencia oficializaba la puesta en marcha de la operación, y Alvarado estaba decidido a no perder esta oportunidad de hacer sentir su poder.

–Y dime, Ramírez, ¿cómo va el entrenamiento de Mariana? –inquirió, con un tono por sobre el volumen habitual de una conversación.

Todas las cabezas giraron en su dirección.

–No muy bien –gruñó Ramírez, incómodo. Ese tipo de manipulación psicológica lo sacaba de quicio. Lo suyo no eran las sutilezas comunicacionales sino el grito o el comentario lacónico; la política y sus rincones lo descolocaban–. Ya hemos perdido tres días ajustando el equipo. Su mente es todo un caso: aún no entiendo por qué la escogieron a ella.

–Eso no importa –dijo Alvarado, sin molestarse en mirarlo–. Quiero saber qué le dijiste sobre nuestro problema.

Ramírez miró de reojo a sus subalternos. Era una pregunta humillante: todos estaban al tanto de la información transmitida a Mariana, y hacer que él la repitiera era tratarlo como a un escolar. El militar decidió jugar ese ajedrez y caminó dos pasos hacia la ventana, dándole la espalda a su contendiente con estudiada indiferencia. Sabía que su gente lo miraba y no quería perder autoridad.

–Ella sabe lo que el gobierno decidió que debía saber –dijo con voz fuerte, insistiendo en la palabra «gobierno» para recordarle que los dos reportaban al mismo jefe–. Pero, por si no lo tienes claro, te lo voy a repetir. Ella sabe que descubrimos a un sujeto de prueba en el desierto, sometido a un tipo de experimento que desconocemos. Sabe que se trata de una tecnología absolutamente nueva, limpia, muy destructiva, con alcances militares insospechados, lo que por lo tanto constituye una amenaza para la seguridad nacional. Sabe también que el traspuesto liberó egos de vidas pasadas y se contaminó con esencias insostenibles, como recordar haber sido una roca y tener que acoger esa reminiscencia infinita. Traer a la memoria el haber estado enterrado dieciocho millones de años a quinientos kilómetros de profundidad no es algo que la mente humana pueda resistir sin daño.

»También se le informó que la internación de esa tecnología se realizó a espaldas del gobierno, y que nuestra misión consiste en infiltrarnos en el Banco de México para seguir la única pista que tenemos: unos movimientos bancarios inusuales referidos a la importación de aparatos médicos en las fechas en que se desataron los hechos de Sonora.

Alvarado miró de reojo a los técnicos que terminaban de conectar los

racimos de aparatos que controlarían la evolución del operativo.

–¿Ella sospecha algo acerca de por qué la escogimos?

–No –recalcó Ramírez con energía–. Y, a decir verdad, yo tampoco. No me explico por qué se decidieron por ese espantapájaros drogadicto para una operación tan relevante. Si me hubieran preguntado...

–Pero nadie lo hizo –interrumpió el político con suavidad–. El gobierno considera este operativo como estratégico. No pensarás que iban a dejar las decisiones importantes en manos de militares... –sonrió–. No lo tomes a mal. Tú me entiendes.

Ramírez no lo entendía, y lo tomaba muy mal. Pero guardó silencio.

–De acuerdo con *mis* planes –dijo Alvarado, marcando sutilmente el posesivo–, Mariana es la mejor elección que podríamos haber hecho.

Ramírez suspiró. Ya tenía 48 años y la fila de culos por lamer se perdía en el horizonte de su carrera empantanada como un bocado amargo en la garganta. Suspirando, se acercó a los monitores y pidió el perfil digital de Mariana; al verlo, casi se le salieron los ojos. La imagen de la mujer aparecía rodeada de una maraña de vínculos, vasos comunicantes, infecciones digitales y seguimientos policiales; todo un karma electrónico muy ruidoso. Ramírez sintió que entraba en pánico.

–¿Quieres decirme que esto es tu mejor elección? –vociferó, perdiendo la compostura por primera vez–. ¿Medio México la busca y tú la usas como espía?

A Alvarado no se le movió un músculo.

–¡Esa mujer, ese esperpento –continuó Ramírez–, deja un rastro tan notorio como un animal herido en la nieve! Debemos abortar la operación de inmediato. Voy a dar instrucciones para traspasar la responsabilidad a una unidad de confianza...

–¡Basta! –cortó el político–. ¿Es que no entiendes nada? Mariana es solo una carnada, un trozo de carne para atraer a los tiburones ¿O tú crees que íbamos a enviar personal clasificado a realizar la infiltración? –Alvarado sonrió, sarcástico–. El Banco de México es una empresa privada, ¡por Dios! Si descubren a un agente oficial infiltrándose en sus instalaciones, el escándalo sería enorme: ¡podría derrocar al gobierno!

Ramírez lo miraba, sintiéndose estúpido.

–Ella será la vara con que probaremos el alto voltaje de sus cercas. Ella es un mensaje que sin duda leerá quien corresponda: los estamos vigilando, sabemos lo que están haciendo.

–Pero la destruirán...

–No te preocupes; leerán el mensaje y eso es todo lo que nos interesa por el momento. Ella no es una agente del Estado; no podrán sacarle nada importante de sus neuronas, excepto lo que nosotros queramos que sepan, por supuesto.

Ramírez estaba furioso. Había sido humillado sin misericordia en presencia de sus subalternos. Gritó un par de órdenes a los técnicos y salió de la sala con la cólera a flor de piel. Alvarado lo miró retirarse con una sonrisa.

–Indígena con charreteras... –dijo para sí.

Crónica verdadera de cómo la mujer entra en la caverna del dragón México y del momento en que éste se despierta y la hace para sí y la devora sin preguntar.

Las redes de comunicaciones se habían convertido en carreteras blindadas por donde la información viajaba segura, encapsulada en encriptados imposibles. La única posibilidad de robar información era recurriendo al viejo sistema de forzar la cerradura y entrar como un ladrón agazapado, evadiendo los sistemas de seguridad y huyendo antes de que sonaran las alarmas y las mandíbulas de acero se cerraran sobre la carne del intruso.

Mariana llevaba ocho horas colgando de un garfio y respirando por una mascarilla dentro de un ducto de evacuación de desechos orgánicos. Cada quince minutos el edificio del Banco de México orinaba a través del ducto y Mariana podía avanzar unos centímetros sin ser detectada. El esfuerzo de marchar contra la corriente de desechos era enorme y los brazos le dolían. «¿Qué mierda estoy haciendo aquí?», se preguntaba una y otra vez mientras permanecía colgada, como una pupa, de las paredes interiores de la uretra del edificio.

Al cabo de catorce horas había logrado por fin penetrar el casco del edificio, a la altura del piso cuarenta bajo tierra. Desde allí solo le tomó una hora llegar hasta el centro de la estructura tubular que albergaba la médula espinal de la construcción. La médula, de ocho metros de diámetro, se extendía por toda la edificación conectando los pisos y coordinando todas las funciones biológicas y administrativas de la empresa. Era el sistema neurovegetativo de una nueva generación de edificios vivos, monstruosas neuronas de exoesqueleto metálico llamadas colmenas.

Para abrir con comodidad su traje elástico de seguridad Mariana enganchó el seguro de su cinturón a un tubo que se insertaba en la médula. Metió una mano entre sus piernas y del ano se extrajo un pequeño tubo metálico que insertó en su nariz. El tubito desplegó unas garras minúsculas que lo aseguraron a las paredes de la cavidad nasal; luego, una aguja se extendió lentamente hasta la base de su cerebro. Mariana palideció. Del otro extremo extrajo un cable de entrada, delgado como un cabello, que insertó en una de las arterias que a su vez se hundían en la médula del Banco de México. Por sencilla ósmosis, la fibra interventora era capaz de oír y discriminar entre los datos transmitidos a través de sus fibras de mielina. El tubo metálico en la nariz de Mariana modulaba la información y la codificaba en forma de imágenes y patrones aleatorios perdidos en la vorágine de recuerdos de infancia del recipiente.

Por el sabor acre en la boca y un cosquilleo en un punto indefinido del paladar supo que estaba transmitiendo los datos a la central. Estiró un poco los miembros, respiró hondo y sonrió, feliz por el éxito de una operación que unas horas antes le habría parecido imposible. Su mente comenzó a volar entre pensamientos agradables. «Estoy divagando», se dijo, sorprendida. El maíz era una droga esclavizante y la adicción no daba tiempo de pensar en otra cosa que no fuera conseguir más. Te mantenía todo el día miserable, como un lobo famélico que solo se sacia mientras devora a dentelladas los gramos siempre escasos, para quedar nuevamente vacío, ansioso y sediento. La sensación de calma que envolvía a Mariana la embargó de emoción; se sentía viva, despierta, humana de nuevo,

lúcida. La repentina revelación agrietó su fortaleza y una primera gota salada se filtró para caer lentamente por su mejilla. De pronto era consciente de la muerte en vida por la que se había arrastrado durante tantos años.

Fue una larga noche, en la que lloró lo que nunca había llorado. Lloró por su madre, por su padre, por sus víctimas; por la pesadilla que la aterrorizó de niña, de la que acababa de despertar con unos pesados treinta y seis años sobre sus hombros, en un cuerpo de mujer medio seco por la falta de afecto.

Era un llanto de nacimiento, ahí en la oscuridad, a cien metros bajo tierra.

En la sala de control, Ramírez y sus subalternos se miraban sin comprender. ¿Qué era esa anomalía? Nerviosos, sudaban evaluando los datos, revisando las gráficas, sopesando una posible incompatibilidad química. ¿Qué era ese llanto interminable y desgarrado que les llegaba por los comunicadores desde las entrañas del Banco de México? ¿Qué ocurría?

A las ocho de la mañana apareció Alvarado con una taza de café en la mano. Los tacos de sus zapatos resonaban en las baldosas aislantes de los pasillos. La noche había sido larga y el sueño corto, de modo que el café tendría un par de polizones disolviéndose clandestinamente en el fondo de la taza. Nada anormal, apenas el rito diario de la clase ejecutiva, incapaz de renunciar a ciertos químicos a esas alturas imprescindibles para sostener el ritmo endemoniado que exigían las responsabilidades laborales. Todos en el gobierno apoyaban la lucha contra las drogas, pero todos sabían también que sin ellas, con los hombres agotados e imposibilitados de contener el estrés y la exigencia de forma natural, el sistema se derrumbaría. Los destinos del país estaban en manos de una banda de drogadictos obsesos, necesariamente relacionados con y chantajeados por hermandades del comercio ilegal.

–¿Cuánto falta? –preguntó en medio de un bostezo.

Ramírez no despegó la vista del monitor:

–Estamos en itinerario. Esta niña resultó ser buena y nos está transmitiendo más información de la que pensábamos.

–Bien por ti –respondió Alvarado, estirando los brazos–. Recuerda que tus galones dependen de tu eficiencia en esta operación.

El militar tragó saliva y se negó a contestar; era demasiado temprano para responder a las provocaciones. Además, Alvarado era un político joven, asignado a esta misión –que no era precisamente un premio– para medir su desenvolvimiento, de modo que sus situaciones eran bastante similares.

–¿Qué vas a hacer si los del Banco no la descubren pronto? Supongo que tienes un plan de contingencia...

–¡Shht! –interrumpió Ramírez, muy concentrado–. En diez segundos va a comenzar la fiesta.

El político volvió a bostezar sonoramente, solo para burlarse de la expectación del militar.

–¡Ahora!

Dos monitores se apagaron y una pantalla apareció flotando en el centro de la sala. Redes de fibras luminosas describían veloces trayectorias en torno de un punto violeta; poco a poco las fibras fueron conectándose a ese punto, hasta que toda la gráfica quedó inmóvil, pulsante, ingravida. De la nada surgían letras que indicaban vectores, y unas gráficas se derramaron hasta el suelo. Un reloj inició una

cuenta retroactiva de cinco segundos y toda la sala quedó a oscuras.

Al principio Mariana no percibió nada anormal, solo el cese del cosquilleo en el paladar. Luego notó que el zumbido también había cesado y supo que algo andaba mal. Quiso moverse, pero no pudo. Las luces de seguridad que cargaba consigo se apagaron y se encontró de pronto sola, a cien metros bajo tierra, presa del pánico pero incapaz de gritar; paralizada por quién sabe qué químico, estaba atrapada en los intestinos de un monstruo que la había identificado como cuerpo extraño y que en cualquier momento comenzaría algo muy parecido a una digestión.

Ramírez la había abandonado.

–Ahora cuéntame qué fue lo que hiciste –preguntó Alvarado.

En su rostro había trazas de preocupación que Ramírez, entusiasmado con su éxito, interpretó como irritación mal escondida ante la genialidad de su maniobra.

–Mariana –dijo en voz alta, imitando la actitud del profesor que comienza una lección– resultó más eficiente de lo que pensábamos. Los imbéciles del departamento de seguridad del Banco de México no fueron capaces de detectarla. Entonces le di un giro al operativo –continuó, satisfecho («patéticamente satisfecho», en opinión de Alvarado)–. Me comuniqué con ellos y les dije que estaban siendo infiltrados. Su sorpresa fue mayúscula. Antes que pudieran decir nada los amenacé con informar a la prensa de la situación si no cooperaban. Les aseguré que el descrédito y la fuga de capitales serían inevitables, y que la ofuscación de sus superiores sería tal que no daba una moneda por sus vidas.

Alvarado observó los rostros embobados de los subalternos de Ramírez con una mezcla de asco y rabia. La táctica era tosca, grosera, carente de toda sutileza; una simple amenaza de gorila.

–Les exigí de inmediato la información completa acerca de los movimientos bancarios que necesitábamos. Nos ahorramos un par de semanas de investigación, por lo menos.

Ramírez sonrió, buscando la aprobación de su gente. «Qué espectáculo», pensó Alvarado.

–Y, ¿qué te pidieron a cambio? –preguntó con calculada indiferencia, haciendo girar el café dentro de la taza.

–La ubicación de Mariana, por supuesto.

–Por supuesto –murmuró Alvarado, contrayendo las mandíbulas.

Ella.

Ella embarazada, con el estómago lleno de cuervos.

Una muchedumbre grita y se remueve virulenta bajo la tierra, entre válvulas y pasadizos. Del cielo llueven ojos izquierdos.

Ella maúlla lastimosamente, se rasca los parásitos alrededor de la boca mientras arrastra su prole nonata bajo la tormenta. Con el alma cayéndosele a pedazos, deja un rastro. El Vía Crucis tiene la forma del circuito impreso en su paladar. Y es un nombre.

Despertó ahogada en un grito, pero no pudo moverse. El cuadro le encogió el corazón. Estaba desnuda, de alguna manera fijada a la cubierta de una mesa de madera negra que ocupaba casi toda la superficie de una sala de reuniones pintada de blanco. Sentados en torno, unos doce hombres de edad heterogénea y traje formal la contemplaban. Sobre la puerta entornada distinguió una placa metálica con el logo iridiscente del Banco de México.

Durante un par de horas Mariana intentó comunicarse con ellos. Pidió, exigió, gritó. Los amenazó, les rogó, inútilmente. Cuando agotó incluso las lágrimas, uno de ellos se puso de pie y extrajo de su bolsillo un punzón. Sobre la piel del torso le dibujó unos hermosos *kanjis* donde se podía leer, a pesar de la sangre, los pasajes luminosos del Sutra del Loto. Luego le atravesaron los pezones con clavos de cobre finamente tallados, y le cortaron los párpados con una tijera antiquísima, de acero templado y orejas talladas en madera de nogal. Uno de los hombres, de rasgos asiáticos, le hundió un bisturí con mango de bronce a la altura del chakra Anahata y practicó un corte longitudinal hasta llegar al pubis y dividir el clítoris por la mitad.

Otro personaje, de origen indefinido, se acercó lentamente con un martillo en las manos. Semiinconsciente, entre la angustia y el ahogo del dolor, la mujer alcanzó a gemir, aunque sin esperanzas:

–No, por favor...

Entonces la crucificaron a la mesa.

Le arrancaron dientes y algunas uñas. Le extrajeron costillas y dedos. Alinearon todo cuidadosamente en torno de ella como un gran mandala de restos humanos, mientras entre dientes repetían la palabra “Perfecto”, acentuando el final. A Mariana se le salían los ojos de las órbitas intentando ver más allá de la niebla y la asfixia del martirio.

De pronto el ritual pareció llegar a su fin. Solo el jadeo mínimo de Mariana anunciaba que esos despojos desordenados, sanguinolentos, habían sido un ser humano. Entonces entró ese otro hombre. Con una daga le abrió lentamente el costado, copuló con ella a través de la herida y eyaculó en su interior al cabo de unos minutos. Luego, con una enigmática frase dio por terminada la reunión.

Los trece hombres se retiraron y alguien más llegó para clavarle un gancho a la cadera y arrastrarla a un ascensor. Salieron a un estacionamiento y Mariana vio cómo la arrojaban al compartimiento de carga de una camioneta que de inmediato se puso en marcha. Seguía semiinconsciente, y cada imperfección del pavimento la

atravesaba con dolores lejanos como recuerdos. Sintió la luz cuando abrieron la camioneta, sintió el golpe de su cabeza contra el pavimento cuando la empujaron fuera. Oyó algo acerca de la altura del puente y la profundidad del río. El cielo estaba muy azul.

Sintió una repentina ingravidez y luego el golpe contra el agua. Había cierta calma en todo lo que ocurría; Mariana veía las algas mecerse y las burbujas ascender a la superficie mientras se hundía. Se hundía, sabía que se hundía, de espaldas hacia el olvido; dentro de poco la oscuridad la abrazaría con su tela espesa, la muerte la cubriría casi con ternura. «Ya pasó todo», le susurraría mientras ella se hundía en el sueño, como una novia dolorosa.

Todo parecía un sueño.

Las algas la envolvieron con sus dedos transparentes cuando casi tocaba su cuna definitiva. Entonces, desde el fondo del limo emergieron unos brazos que la estrecharon. Mariana oyó una voz diciéndole al oído:

–Llevo veinte años esperándote.

Ella.

Ella en un paisaje con los colores mal calibrados.

Una cuerda baja desde el cielo y la sostiene colgando de los pies. Sangra por la nariz. Debajo de ella, en un charco de sangre de cinco metros de profundidad, nadan peces extraños e ideas desesperadas.

Ella, murmurando un nombre que no recuerda mientras un insecto le hace una cesárea. En las antípodas del planeta, un sacerdote levanta la ostia y un aullido brota del cáliz. El insecto entra por la herida del parto y se acomoda para dormir.

–¿Los de seguridad del Banco de México enviaron la información? –preguntó Alvarado.

Eran las tres de la mañana, tenía el cabello desordenado, la corbata en el bolsillo y unas ojeras que le llegaban a las rodillas.

–El último paquete llegará en dos horas. Han debido sortear su propio sistema de seguridad y los segmentos de datos se están transmitiendo codificados en cadena. Solo cuando los hayamos recuperado todos podremos reconstruir el conjunto.

Ramírez no desvió la vista de un teclado-ouija de fabricación reciente. Las curvas del teclado de color siena simulaban un cangrejo, y las terminaciones eran exquisitas.

«Qué estúpido», pensó Alvarado. «Es obvio que están ganando tiempo. Para cuando hayamos reconstruido la información ellos ya habrán limpiado toda evidencia y descubriremos que nuestros datos son basura.»

–¿Ya sabes qué hicieron con Mariana?

–Seguramente algo horrible. Esa gente busca destruir el cuerpo, pero también inutilizar el espíritu –murmuró Ramírez, tecleando la ouija con nerviosismo–. Si conseguimos rastrear sus residuos en el plano astral, probablemente veremos las condiciones desastrosas en que dejaron su esencia –sonrió–. Un guiñapo desmoronándose como una figura de barro seco. El problema es que...

Se detuvo para teclear un comando avanzado.

–En esas condiciones debería estar dejando un rastro visible, algunas brasas kirlian aquí y allá. Pero no hemos detectado nada con el sello de ese grupo misterioso que opera con el Banco de México.

–¿De los Perfectos? –inquirió Alvarado distraídamente.

–¿Quiénes? –lo miró el militar muy sorprendido.

–Nada, nada. Es solo un término de usuario.

Alvarado salió de la sala con una sonrisa teatral, encantado de ofuscar al mono con uniforme, como lo llamaba a sus espaldas.

–¡No busques a los vivos entre los muertos! –gritó desde el pasillo.

«Típico de los políticos –pensó Ramírez–: jugando a hacerte sentir desinformado.»

–No encontramos reencarnaciones con el perfil de la identidad Mariana,

señor –lo interrumpió un oficial–. Tampoco posesiones con su patrón de aura.

La preocupación de Ramírez era evidente para todos. Era muy importante que la mujer estuviera fuera de circulación, pues un cabo suelto en una operación encubierta tan comprometedora como ésta se leía como un fracaso inexcusable. Gobiernos completos habían caído por menos, aunque siempre volvían al poder de una u otra manera. Pero los responsables directos, los funcionarios como él, con suerte podían rehacer sus vidas en otro país. Con suerte.

De cómo el selconamo se ha apercibido de los padecimientos de la mujer Mariana y de los hechos de Pedro el ermitaño según testigos de gran veracidad.

Ella.

Ella clavada a una pared en el centro de un campo arado.

Ella sabe que bajo la pared hay un elefante enterrado de pie. Ese elefante es el que evita el desplome del mundo. Un ladrido sale de los ojos de ella y la multitud huye despavorida, porque en el ladrido hay cosas que nadie quiere saber. Un pez atraviesa la escena y sabemos que en realidad todo ocurre bajo el mar.

Ella. De pie frente a un ser muy extraño.

–¿Cómo te sientes? –le pregunta él de improviso–. Soy quien te rescató desde el fondo del río. Entré para ver tu estado. Intenta descansar; tu recuperación tardará un par de semanas más.

Mariana lo miraba con asombro mientras aquello se transformaba sucesivamente en una mujer, una carta de tarot, un campo de margaritas, un caballo árabe, el cielo estrellado de esa mañana en Tlatelolco, una voluta de humo de su primer cigarro de marihuana.

–Todo está muy raro desde que aparecieron los selknam –se dijo, mirándose a los ojos.

Un escarabajo entró por su nariz resonando como un viejo reloj de cuerda y muchas hormigas cubriendo la córnea del cielo.

El selknam tenía a Mariana colgando de un árbol por los pies, en un lugar de la sierra del estado de Guerrero. Alrededor del tronco había dispuesto un círculo de rocas negras y cuatro espejos marcando los cuatro puntos cardinales. Sobre los espejos había derramado palabras poderosas y pétalos de flores.

Llevaba dos días girando ritualmente en torno del árbol, para frenar la fricción con que el tiempo desgasta las cosas y así disminuir su efecto erosivo sobre la memoria de Mariana. La danza se sostenía sobre un canto de tres notas musicales que estimulaban curativamente su glándula pineal. Al tercer día desenterró los pulmones de la mujer y los sumergió en agua consagrada antes de reintegrárselos. Puso un pez minúsculo en cada ojo antes de devolverlos a sus cuencas. Abrió un lobo por el estómago y extrajo el corazón de Mariana, que había estado escondido allí durante días, lejos de la mirada de la muerte. Cosió las heridas con fibra de cactus y se sentó a esperar.

A los nueve días ocurrió la maravilla. Con el primer rayo de sol se oyó un llanto de bebé saliendo del árbol, que crujía angustiado; poco a poco el llanto alcanzó su adultez. Saltaban las astillas, la corteza se resquebrajaba. De pronto, una mano rompió la corteza y afloró buscando asirse, luego otra mano; era Mariana, luchando por romper el cascarón y salir a respirar. Finalmente el tronco cedió, la corteza se deshizo y Mariana emergió envuelta en savia y musgo, vomitando tierra.

Puso un pie fuera del círculo de rocas y cayó desvanecida a los pies del Selknam, que permaneció sentado, indiferente, recortado contra el sol de la mañana.

Las aves no cruzaban el espacio por encima de él.

Ella.

Ella recostada durante mucho tiempo junto a un gato con forma humana.

–Despierta –susurró el selknam.

Mariana abrió los ojos y lo vio en cuclillas junto a ella. No supo si le despertaba curiosidad, sorpresa o asco. Se sentía extraordinariamente calmada. Podría haber visto al diablo y no le habría producido mayor efecto. De todas formas, lo que tenía enfrente era toda una rareza, tenía que admitirlo.

–¿Se puede saber qué clase de cosa eres tú? –bromeó.

Esa clase de cosa se mantuvo inmóvil unos segundos que parecieron interminables. Luego se puso violentamente de pie y extendió la boca.

–¡Selknam-mmmm! –dijo, sosteniendo el sonido de la última letra hasta que todo el lugar empezó a vibrar.

Mariana sintió cómo su cuerpo temblaba, envuelta en un placer violeta muy similar al arrobamiento posterior al orgasmo.

–¡Uuuuh! –sonrió–. ¿Podrías repetir eso?

–Se hace lo que se debe hacer, ni más ni menos.

La mujer se sentía bien. Increíblemente bien. Entre la bruma de una memoria obviamente intervenida veía heridas y torturas indecibles, pero donde debía haber marcas la piel se veía lisa, y donde hubo fracturas no había huellas de desgarramientos; todo estaba en su lugar y en perfectas condiciones. Incluso el trauma del dolor estaba suturado.

–No sé cómo lo hiciste, pero gracias. Ahora completa el favor y dime cómo volver a Ciudad de México. Tanto espacio abierto me pone nerviosa.

El selknam la observó de arriba abajo.

–Entonces, ¿no lo sabes?

Mariana notaba que las letras, pronunciadas con inusual transparencia por el selknam, resonaban en distintas partes de su cuerpo. La “n”, por ejemplo, le traía el recuerdo de un rayo de sol asomándose tras un arbusto a sus ocho años; siempre igual, como si tocara la misma tecla en el piano de su memoria. Las “l” parecían estimular sus glándulas salivales, las vocales tenían relación con sus órganos internos, y la “t”, un indefinible sabor masculino que la ponía nerviosa.

–Perdóname, bicho...

–Mi nombre es Reche.

–Discúlpame, Reche –remedó–. Pero, ¿qué es lo que debería saber?

–No puedes volver atrás. Todo ha comenzado. No hay regreso.

Al decir esto, el selknam se sentó en posición de loto.

–¿Qué es lo que ha comenzado? –interrogó Mariana, algo inquieta.

–Selknam –repitió el extraño ser, mirándose el pie izquierdo.

–¡Te hice una pregunta, huevón!

Pero el selknam se veía como una imagen de video congelada, plana, mal definida, en pausa.

–Todo está muy raro desde que aparecieron estos huevones –dijo Mariana, mientras lentamente se enderezaba y buscaba algo con qué cubrirse. La temperatura

comenzaba a bajar en la sierra y el viento lo inundaba todo, mojando las piedras con su aliento congelado. Tras un arbusto encontró una manta, no muy gruesa pero útil.

De pie, temblando contra el atardecer, alzó la vista al cielo.

–Estoy viva –se dijo con una sonrisa triste–. No entiendo nada, pero estoy más viva que nunca.

Lloró en silencio ante el misterio. Arriba, las estrellas brotaban como recuerdos en la mente del mundo.

–Definitivamente la mujer no está muerta –gruñó Ramírez.

Alvarado, junto a él, no movió un músculo.

–¿Qué vas a hacer ahora, comandante? –preguntó.

–Qué «vamos» a hacer, querrás decir, Alvarado.

Éste lo miró sonriendo.

–Escucha, es muy probable que, gracias a tu espectacular manejo, la gente del Banco de México haya limpiado todas sus relaciones con el fenómeno de Sonora y esté buscando a Mariana para devolvernos la mano. ¿Te das cuenta de lo que ocurriría si ellos denuncian tu operación contra una institución privada, comandante?

–El gobierno no nos va a defender... –murmuró Ramírez.

–¡Por supuesto que no! –exclamó el político, levantando los brazos–. Van a negar toda participación. Lo van a presentar como un simple caso de estafa. Dos funcionarios inescrupulosos, o sea nosotros, utilizando la estructura estatal con oscuros fines personales.

Alvarado se acercó a Ramírez y le susurró al oído:

–Nos van a crucificar para mantener limpio el honor de la institución, comandante. Quizás una mañana amanezcamos colgados del cuello en nuestras celdas, incapaces de soportar el dolor de haber traicionado a la nación.

Se alejó unos pasos y, de espaldas al apesadumbrado militar, emitió una risita burlona.

–Descongelen a Pedro el Ermitaño –ordenó Ramírez, mirando el suelo–. Él va a encontrarla.

Ella.

Ella en posición fetal dentro de una nuez. Abajo, el océano Atlántico hablando de sus anhelos.

–Ahora va a despertar –susurró el selknam, justo antes de que el bulto de mantas pareciese cobrar vida.

Un brazo se extendió fuera y estiró los dedos. Mariana sacó la cabeza de su noche personal y al abrir los ojos le dolieron como si se torciera una articulación, pero había algo placentero en ello.

–Esta saliendo el sol... –dijo, bostezando. La luz era submarina.

Había cantos de pájaros, crepitar de brasas, esos sonidos mínimos que van desapareciendo en puntas de pies a medida que el mundo despierta.

–¿Por qué me rescataste? –preguntó Mariana de golpe, como si un resorte saliese por su boca. Ni siquiera miró a su acompañante, más preocupada por encontrar algo para comer entre las coloridas mantas y cordeles anudados, similares a los quipus que viera en alguna imagen cuando era niña.

–No fue un rescate. Solo estuve en el lugar correcto para ser puente de los acontecimientos.

–Okey, súper claro –murmuró Mariana, escarbando dentro de un bolso huichol cargado de imaginería psicodélica–. ¿No tienes nada para comer? –dijo finalmente, molesta.

El selknam se le apareció entonces a diez centímetros de su rostro. Mariana notó que estaba inmovilizada y tuvo miedo. Aquel ser se puso de rodillas frente a ella y hundió el brazo hasta el codo en la tierra para sacar una liebre viva chillando y pataleando. Mariana estaba muy sorprendida pero también hambrienta, de modo que juntó leña a toda prisa y en unos minutos la liebre se asaba al palo. Tenía tanta hambre que de pronto comprendió que sus manos solo existían con el objeto de acercar comida a su tubo de deglución.

–Es extraño matar –dijo, como hablándole al fuego–. Es necesario, pero te enseñan que no debes sentir placer cuando lo haces.

–Es distinto matar que alimentarse.

–El trabajo más difícil del Universo es ser animales civilizados –reflexionó ella, sonriendo–. Tener conviviendo en la misma celda este cerebro, este estómago y estos genitales es un mal chiste. Pasan todo el día peleándose.

–¿No les han enseñado a controlarse aún?

–Puf... Lo intentan. Somos lobos educados como vacas, pero lobos al fin –respondió ella con cansancio, y arrojó una piedra al fuego.

Las chispas envolvieron la liebre; el silencio enmarcó el momento.

–Nuestro problema es que somos depredadores viviendo en manadas –continuó Mariana–. La matanza interna es terrible. El cerebro fabrica incesantemente razones para justificarla, pero en el fondo solo está el loco, hambriento de carne humana.

–Los hombre están divididos.

–La Tierra es un barco sin timón, compadre –prosiguió ella, como si no lo hubiera escuchado–, un barco a la deriva, lleno de locos devorándose entre sí. Debemos ser todo un espectáculo para el resto del Universo –hizo una pausa para arrojar otra piedra–. Sería mejor que nos borrarán de una vez.

–Nadie va a mancharse las manos con ustedes –exclamó el selknam, molesto.

La mujer se rodeó las rodillas con los brazos y apoyó la barbilla, balanceándose y emitiendo ruiditos con la boca mientras miraba fijamente la liebre. «Está casi lista», pensó.

–Ahora dime por qué me salvaste. Y quiero una respuesta que pueda entender. Sabes a lo que me refiero.

La mujer estiró las manos, quebró un hueso, acercó la carne a la boca. La saliva comenzó a fluir y su estómago rugiente exigió ser saciado. Los dientes comenzaron a destrozarse al pequeño animal. El selknam la miraba con una mezcla de asco y curiosidad. «Se comunican con el mismo órgano con el que se alimentan», pensó. «Son realmente groseros, pero bellos. Salvajes, abisales, frágiles. Sus ojos son de lo más hermoso que he visto; sus mentes son malignas e impredecibles. Es de esperar que no se propaguen».

–¿No me vas a responder? –insistió Mariana, en cuclillas y con la boca llena de grasa–. ¿Por qué me salvaste?

–Estás en el curso de los acontecimientos.

–¿Qué acontecimientos?

–Los acontecimientos por los que se requirió mi presencia en este plano.

La mujer gesticuló impaciente, con una pierna de liebre a medio roer en la mano derecha:

–¡Qué acontecimientos, por la cresta!

–Se está produciendo un grave problema en este lugar del Universo, un problema generado por tecnología humana que debo descubrir y eliminar.

–Continúa, por favor –Mariana ya no estaba comiendo.

–Algo está destruyendo la relación entre los entes físicos y los entes astrales. Alguien descubrió cómo romper ese enlace, que es fundamental para la estructura de las cosas.

–¿Y qué eres tú? ¿Una especie de ángel enviado para salvarnos?

–A nadie le importa salvarlos. Son ustedes los que crearon el problema. Piensa en mí como un anticuerpo que el Universo produce cuando se le infecta una herida.

–¡Chucha! –bromeó Mariana–. Estoy hablando con un leucocito.

–Alguien está soltando los enlaces astrales. Alguien está evitando el flujo sostenido de almas hacia Dios. Y Él las necesita más que nunca.

Mariana lo miró con sospecha. Quizás su inverosímil existencia hiciera menos ridícula su historia; su apariencia era imposible, sus palabras también. «Está todo tan raro desde que estos huevones aparecieron», volvió a pensar.

–¿Qué tiene que ver Dios con todo esto?

–Dios agoniza. Este Universo es algo lejanamente parecido a una máquina de suspensión vital...

La mujer no pudo evitar sonreír. El selknam estaba ahí enfrente, pero de alguna manera estaba también hablándole unos minutos hacia adelante en el futuro. Y también a sus espaldas, aunque su voz... parecía provenir desde la mano izquierda de Mariana.

La mujer sacudió la cabeza y alzó la voz:

–Y qué tengo que ver yo con todo esto.

Pero el selknam no se encontraba hacia donde ella hablaba. De pronto vio que siempre había estado sentado en posición de loto, suspendido a veinte centímetros del suelo, y a veinte metros de distancia. No tenía boca, y junto a él se vio a ella misma durmiendo abrazada a otras dos Marianas, una de color rojo y otra de color negro. Se tomó la cabeza y cerró los ojos, pero seguía viendo la escena.

–Déjame en paz. No tengo nada que ver en esta locura.

–Estás en el curso de los acontecimientos.

–¡Otra vez con eso! Soy una mujer que no sabe ni dónde está parada. Lo único que sé es que por fin desperté de una pesadilla de veinte años de duración. Saqué la cabeza del agua, ¿me entiendes? No quiero tener nada que ver contigo, ni con Ramírez ni con tus acontecimientos. Así que muchas gracias, pero yo me voy de aquí apenas termine de comerme este conejo.

–Liebre.

–Da lo mismo. Yo me voy.

–No puedes, ellos te buscan –le dijo el selknam desde su nuca.

Mariana se dio vuelta pero se vio a ella misma por dentro.

–¿Quiénes me buscan, Ramírez y sus milicos? –un repentino mareo le hizo cerrar los ojos. Vio a su madre en una bolsa de basura, con varios días de muerta.

–Quieren hacerte desaparecer. Así, suelta, eres un peligro para su seguridad. Solo siendo útil te librarás de ser considerada prioridad para terminación. –Esta vez el selknam le habló en la forma de un recuerdo. Sintió que le había dicho esa frase tres horas atrás.

–¿Pero por qué me quieren muerta? Les conseguí la información que querían. Estoy segura de que alcancé a transmitirla antes de que me descubrieran.

–No les interesaban esos datos. Ellos mismos te denunciaron a cambio de la información que realmente necesitaban, y que era inaccesible para cualquier saboteador.

–No te creo.

–Te necesitan muerta para borrar toda prueba de la operación.

–¡No te creo!

El selknam la miró jadear.

–No importa, ya está hecho –sentenció, y se oscureció en meditación por las siguientes tres horas.

Mariana se recostó, agotada. Durmió, despertó, se volvió a dormir. No podía sacarse de la cabeza la imagen de su madre muerta. Así que Ramírez la quería eliminar. Ellos eran poderosos: «si no cumples tu objetivo te venderemos como a una perra», le habían gritado en el rostro. Le resultaba extraño volver a pensar en su madre de esa manera. Durante años la enarboló como una herida que le inflamaba la rabia al destrozar a sus víctimas. Era su estandarte, su escapulario tatuado con sangre, un grito desgarrador que emergía desde su esternón como un foco de luz oscura iluminándole el camino hacia una venganza jamás saciada. Cuando mataba, pensaba en ella; su dolor le confería fuerzas sobrehumanas y una crueldad sin límites. Solo el agotamiento frenaba la carnicería. Luego venía el llanto, el vacío.

Pero ahora se detenía en su imagen. «Una perra como tu madre», le había gritado Ramírez. Su progenitora era apenas una sombra de su infancia, un recuerdo que irradiaba una energía misteriosa y abstracta. Nunca la vio moverse, nunca le escuchó decir una sola palabra, pero, en su inocencia, le parecía oír la pronunciando frases llenas de ternura: «Qué linda estás, Marianita», «Que duermas bien, mi amor». Incluso ahora sonreía reflejando la caricia de esos artificios.

Jugaba con guijarros en el patio de su casa cuando vio a los perros arrastrar esa bolsa de basura, y había corrido a observar qué tesoro habían desenterrado sus amigos de cuatro patas. Pero lo que vio le abrió el corazón y la vida en dos partes.

–¿Por qué lloras? –preguntó el selknam.

–Tienes razón –sollozaba–. Ellos me quieren eliminar. Pero no me van a matar, me van a vender como a una perra.

El Reche la miraba estremecerse y se preguntaba qué reacción química anómala se estaría produciendo en el interior de ella.

–¿Qué es eso, qué es una perra? Explícame.

Mariana suspiró, se secó los ojos con la manta y miró a lo lejos, hacia sus recuerdos.

–Las perras son un producto artesanal típico de los suburbios de Santiago de Chile. Cuando la trata de blancas se volvió un negocio masivo, los traficantes comenzaron a refinar y diversificar sus procedimientos. Ya no solo ofrecían productos caros, como niñas vírgenes o mujeres condicionadas para la esclavitud; también desarrollaron un producto de consumo masivo, barato y menos exigente: la perra.

»El procedimiento es bastante sencillo. Secuestran mujeres, les extraen las cuerdas vocales, las córneas, la médula espinal, un riñón y todo lo aprovechable para el mercado negro de órganos. Luego les fríen el cerebro mediante un proceso muy lento y doloroso: inducen pavor límite a través de punciones directas en la masa encefálica, inundan la corteza con pulsos eléctricos, provocan el suicidio químico del yo. Con una interfase gráfica podrías ver cómo les cortan los pezones que las sostienen a la realidad, cómo caen luego de espaldas en el pozo negro de la catatonía, el útero sellado de la muerte en vida.

»Es un proceso barato. Y para abaratarlo aún más, disminuyen los costos de almacenamiento y transporte amputándoles brazos y piernas a las perras. Luego las cuelgan en bolsas a unos rieles frigoríficos manteniendo sus metabolismos

funcionando al mínimo, alimentándolas con suero directamente a la vena. El transporte se hace en camiones frigoríficos viejos y sucios. He visto camiones abandonados con cargamentos completos, cantidades de bolsas apiladas pudriéndose en el desierto, con esos rostros incógnitos asomándose desde el plástico.

Mariana se detuvo con la mirada perdida, mirando sin mirar.

–La policía no se mete si les das su parte, y las mafias se protegen con favores políticos. Las perreras son empresas prósperas.

–Desde fuera, este planeta se ve como una herida supurada, una vorágine de genitales y dientes –dijo fríamente el selknam–. Las personas que usan estos productos, ¿no corren riesgos?

–Sí, claro. Todo el proceso es artesanal y muy sucio. La posibilidad de adquirir una perra infectada no es baja. Aunque la infección más común no es biológica: cuando hay torpeza en la manipulación de la psique en el momento de freírla, la perra queda efectivamente inmóvil, pero consciente. El horror que siente la hace sudar en exceso, su musculatura vaginal se tensa y todo es un desastre. La mayoría de los compradores opta por ir de noche a algún basural y abandonarlas allí; así por lo menos las jaurías de perros aprovecharán su carne.

La distancia con que Mariana se refería al tema parecía protegerla de su origen. Había algo defensivo en la naturalidad con que abordaba un tema tan espantoso.

–Las mujeres raptadas con mejor potencial, es decir, las que son jóvenes y hermosas, no son mutiladas sino solo estupidizadas. Aunque una estúpida semiinconsciente es un lujo que muy pocos pueden pagar. Para los menos acaudalados están las perras de uso personal. Y para el resto la alternativa es ahorrar y comprar una perra con fines comerciales. Ése era el caso de mi padre.

Mariana se detuvo en ese punto del relato. Su rostro no estaba en su lugar, la boca era incapaz de continuar, y los ojos no tenían mirada en ellos.

–Tu madre era una perra, ¿no es cierto? Por eso el chantaje de Ramírez te aterra.

La mujer miraba un dibujo en la manta: una espiral roja y negra sobre un fondo azulino, que representaba la energía del *hikuri* de los huicholes.

–Ramiro, mi padre, era un hombre anegado por el alcohol y una furia incontrolable que estallaba en los momentos más inoportunos –continuó, sin despegar la vista de la espiral–. Nunca le habían acomodado los jefes, y los trabajos que el gobierno le conseguía los dejaba rápidamente abandonados por su falta de disciplina. Era rentable tener una perra en un barrio de parias incapaces de solventarse una propia. Mantenía a mi madre en un cuartucho inmundo en el patio trasero de la casa. Ahí había un colchón grasiento, tubos de evacuación y el atril para el suero. Ella era su microempresa y su objeto de goce personal.

Mariana esbozó una sonrisa muerta. Nunca había hablado de esto con nadie. Había intentado enterrar todo bajo inútiles capas de olvido y ahora, a la primera oportunidad, afloraba fresco y reciente, dolorosamente nítido.

–Todo funcionaba bien hasta que fue detenido por robar una botella de vino –sonrió–. Volvió a la casa siete meses después. Para su sorpresa, encontró un bebé moribundo, que apenas pataleaba entre los restos descompuestos de placenta, junto a la vagina destrozada de su perra. Agradeció su buena fortuna cuando comprobó que era mujercita; una niña virgen era un producto muy escaso, y muy caro. Cuando cumpliera doce años valdría una pequeña fortuna.

»Me alimentó y me cuidó. Yo pensaba que me quería, pero no era más que

su inversión más preciada –Mariana intentó ser sarcástica–: ¿Te das cuenta de que nací gracias a una botella de vino?

Pero la broma sonó vacía. Los ojos se le llenaron de lágrimas, pero se contuvo, volvió la vista hacia el valle y suspiró.

–No continúes si no quieres –dijo el Reche.

–No, no, está bien. ¿Sabes? Es extraño. Ni siquiera sé cómo se llamaba. Siempre me referí a ella como «la del cuarto de atrás». Nunca me incomodó no saber su nombre. Excepto aquel día en que no la encontré en su cuarto; el colchón estaba desocupado. Salí corriendo a llamarla y no supe cómo hacerlo; la palabra «mamá» no quiso salir por mi garganta. Entonces vi a los perros arrastrando esa bolsa de basura. Esa noche mi padre había bebido demasiado. Insultaba a gritos a mi madre por haber tenido la mala ocurrencia de morir. Golpeó la mesa con la botella y maldijo con furia; los trozos de vidrio volaron por toda la habitación. Mi curiosidad pudo más y me asomé a mirar el desastre. De pronto sus ojos se clavaron en los míos como arpones. Durante dos eternos segundos el Universo completo se detuvo y me sentí cazada, inmóvil como una presa pequeña. Él avanzó y fui incapaz de huir. Apenas pude ver el puñetazo girando en el aire hacia mi mandíbula.

»Como sumergida en estática negra, espesa, viajé de ida y vuelta a la nada. Cuando regresé, me aplastaba el cuerpo de mi propio padre, y sentí un dolor insoportable entre las piernas. Le rogué que se detuviera, lloré de dolor durante unos minutos eternos intentando zafarme de su abrazo asfixiante, de su lengua metiéndose en mi garganta, pero fue inútil. Algo enorme y quemante me partía por dentro. Pensaba que estaba intentando matarme de alguna forma horrible, como apuñalada cientos de veces. La idea de que mi padre no me quería e intentaba matarme me paralizó. Entonces dejé de luchar.

»Cuando se levantó y se sentó en la silla junto a la mesa, yo estaba desierta, vacía, desmembrada. Mi alma había volado a otro lugar y mis ojos estaban clavados en un nudo de la madera en el techo. Recorrí todos sus detalles mientras mi padre se extendía en cuáles iban a ser mis deberes a partir de ese momento. «Desde mañana reemplazarás a tu madre», dijo finalmente...

Se había hecho de noche nuevamente. El selknam indicó la entrada de una caverna y caminaron en silencio hacia su interior, cargando mantas y bolsos. Mariana se sentó sobre una de las mantas, el selknam encendió fuego y esperó.

–Me amarró por el cuello al mismo colchón donde había muerto mi madre. Los siguientes cuatro años fui diariamente violada por todo un zoológico humano indescriptible, asqueroso, muy creativo y variado en su sentido del placer. Yo manejaba la geografía de rendijas, imperfecciones y manchas en las paredes como si fueran un espejo de mi mente. Esas grietas eran mi libro de oración, mis puertas de escape.

–¿Cómo te liberaste?

–Un 11 de junio, mi padre me desencadenó para lavarme la espalda y fumigar el colchón. Algo estalló en mi interior y me abalancé sobre él entre alaridos inhumanos. Él no había notado que yo había crecido bastante, casi a la par que mi odio. Me aferré a su rostro y hundí los pulgares en sus ojos. Empezó a gritar, buscando la puerta, pero yo la había cerrado. Con el atril del suero le di un golpe seco en los testículos. Le quité el cuchillo que se ceñía en el cinturón y le abrí el estómago. Le corté las orejas, la nariz, los dedos, e introduje todo por la herida del abdomen, incluida la bolsa de suero y algunos trozos de madera. Le abrí la tráquea, le corté el pene y se lo metí por la garganta. Luego me bañé con su sangre, devoré con recogimiento sus testículos y lloré hasta perderme.

»Tres días dormí acurrucada junto a su cadáver. La sangre había cuajado, el olor era insoportable, pero yo seguía abrazada a él. No recuerdo muy bien, pero creo que fue uno de mis clientes habituales quien me sacó de ahí. Me vistió, me alimentó y me cuidó con mucha compasión; huí después de matarlo y esparcir sus restos por toda la calle.

»Luego rodé de pueblo en pueblo hasta llegar a Ciudad de México. Conseguí un espacio en el subterráneo y me hice un nombre al matar pública y salvajemente al Jarocho. El pobre solo quería agarrarme una teta, y terminó con sus manos dentro del estómago. Entre el público había un hampón colombiano que se impresionó con mi acto y comenzó a protegerme a cambio de pequeños favores. A los dieciséis años me volví adicta al maíz, y desde entonces todo se vuelve difuso. Día y noche nos consumíamos en una tormenta de fuego, y en la niebla de mi inconciencia mataba a uno o dos enemigos del colombiano. Me volví adicta al odio y a la carne masculina.

»Un día desperté y el colombiano estaba regado por toda la habitación. Tuve que huir a los suburbios exteriores y comenzar a trabajar por mi cuenta. Ahí me encontró Ramírez. Cuando volví a despertar me encontraba a cien metros bajo tierra, robándole datos al Banco de México. Estoy cansada, compadre... Como después de una noche de pesadilla de veinte años de duración. No sé si es tarde para comenzar una vida nueva, pero lo voy a intentar.

–No te van a dejar.

–Me voy a esconder.

–Van a encontrarte.

Mariana apretó las mandíbulas; en el fondo sabía que el selknam tenía razón. Lo miró con rabia; quería esa esperanza, realmente quería tener la esperanza, y ese bicho se la negaba. Era un ser verdaderamente extraño: algún mecanismo impedía que ella pudiera recordar sus facciones. Aunque lo mirara con fijeza, siempre tenía la sensación de estar viéndolo por primera vez.

–¿Y qué quieres que haga?

–Completa tu objetivo original. Ellos necesitan descubrir la tecnología que produjo al traspuesto de Sonora. Encárgate de eso y tendrán una razón para dejarte vivir.

–Ya me dejaron fuera de la operación.

–Ellos no tienen nada. Tú eres la que está en el curso de los acontecimientos. Tú eres la que va a descubrir todo. Si estoy junto a ti es porque también yo necesito saberlo.

Mariana resopló y se puso de pie con un quejido. Se estiró como un gato y bostezó.

–Yo ya no tengo objetivo. Me voy a esconder por un tiempo en Perú. Tengo unos amigos en Arequipa que trafican buen software narcótico y podrían...

–Te van a encontrar.

–¡Déjame en paz, insecto de mierda! –restalló Mariana con furia.

El selknam la contempló en silencio por unos segundos.

–Me voy a sentar en esa roca a mirar tu futuro –dijo, y avanzó tranquilamente para instalarse junto a la entrada de la cueva–. Tu única salida es seguir el curso de los acontecimientos y encontrar esa tecnología. Cualquier otro camino te lleva a la destrucción en pocas horas.

–Voy a intentarlo. Si hemos podido escondernos aquí, podré hacerlo en otro lugar también –insistió ella.

–No te dejarán libre a menos que sigas dentro del operativo. Fuera de él eres

un cabo suelto.

–¡Pero si ya me dejaron fuera! ¿Es que no lo entiendes? –gritó Mariana sobre el crepitar del fuego.

Pero no hubo respuesta. El selknam ya no estaba ahí.

La mujer se dejó caer en el suelo de la caverna, agotada. El selknam tenía razón, ellos nunca la dejarían ir con todos esos datos en su interior. Debería esconderse y huir durante mucho tiempo antes de encontrar la paz. «Por lo menos en este lugar puedo estar segura unos días», pensó, buscando con la mirada las mantas para dormir.

–Hola, Mariana.

Una voz gutural pareció arrastrarse desde la entrada de la cueva; había algo de burlón en su acento.

–¿Selknam?

–No, Mariana. Soy el que te va a liberar. El que te va a arrastrar por los cabellos desde aquí hasta Ciudad de México. Soy el brazo que te lanzará hacia tu destino, fundida como hierro candente en el volcán de la fe...

A medida que hablaba, una silueta se dibujaba al avanzar por la caverna, acercándose a ella. El miedo comenzó a invadirla.

–¡Selknam, dónde estás!

Instintivamente, la mujer buscó alternativas de fuga, armas, piedras. Para su espanto, se encontró indefensa y acorralada contra el fondo de la caverna.

–¡Selknam, ayúdame! –le gritaba al bulto indefinido que seguía sentado junto a la entrada, sin ningún atisbo de actividad.

–Tranquila, mi amor. Solo quiero tu cerebro. Tu alma podrá quedarse en lo que reste de ti una vez que haya acabado contigo.

Se acercó a la luz de la fogata y entonces pudo verlo; sin embargo, su mente no comprendió lo que tenía frente a sus ojos. una entidad difusa, fuera de foco, que se desplazaba arrítmicamente de izquierda a derecha, sin transiciones, como una película mal proyectada. Un engendro inexplicable que se dividía en tres colores que luego volvían a ser uno. Su voz salía de un punto en el espacio que solo a veces coincidía con su boca. Algunas cosas le orbitaban en torno.

–Bésame, Mariana... –susurró la voz, extendida hasta el oído de la mujer como un dedo pegajoso.

–¡Seeelknam! ¡Hijo de la conchetumadre, ayúdame!

(Fin del fragmento)